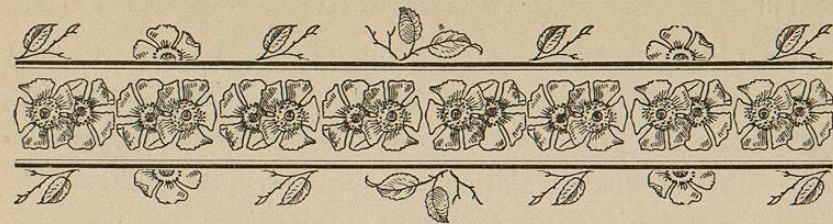


BIBLIOTECA CENTRAL

DE LA TRISTEZA



DE LA TRISTEZA

ENTRE los diversos obstáculos que suelen atajar nuestros pasos en el camino de la perfección á que aspiramos, existe uno que pone á nuestra alma en inminente riesgo de perdición. Aludo, hermanas mías, al profundo abatimiento moral, á esa deplorable situación del ánimo llamada tristeza. La religiosa que tiene la desgracia de caer en los lazos de esta temible pasión, siente que todo ejercicio piadoso la disgusta, que la oración la cansa, que la lectura espiritual la fastidia, que la tentación no la alarma y que el horror al pecado ni siquiera la preocupa. De manera, que una religiosa habitualmente triste y melancólica, es materia de suyo dispuesta para todo mal; es campo en sazón para recibir todo linaje de mala semilla, pues, como dice el Espíritu Santo en el libro del Eclesiástico, *la tristeza del corazón es plaga universal* (1). Los que hayan sentido estos accesos de melancolía, saben la dolorosa huella que dejan en el

(1) Ecli., XXV, 17.

alma, y los obstáculos que acumulan, y los peligros que suscitan en el camino del bien; obstáculos y peligros que no sólo alteran la propia índole, sino que también la exacerban con una inestabilidad alarmante que cierra las puertas á la gracia y las abre á un sinnúmero de culpas, que plegue á Dios no sean más que veniales (1).

Así es, hermanas mías; pingüe cosecha rinde al demonio esta pasión, y aun me atrevo á decir que ni el pecado mortal produce en el alma resultados tan desastrosos, porque este monstruo abominable alarma la conciencia, y la oprime, y la atormenta, y no la deja sosegar hasta que se libra de él por la contrición y la penitencia; pero la tristeza—caudaloso manantial de infidelidades y pecados—se apodera del espíritu del hombre, ofusca su razón, le torna medroso, inactivo, huraño, insociable, é insensiblemente lo va sumergiendo en un abismo de cobardía tan profundo, que lo imposibilita para recibir consuelo alguno razonable. ¿Puedese concebir situación más peligrosa?... Y no obstante, el alma triste, puesta á plomo del abismo y envuelta en sombras de muerte, rechaza la mano caritativa que se la tiende y rehuye todo consuelo. Decidme: ¿qué fin puede esperar esta desventurada que desdeña todo remedio, sino la impenitencia, la desesperación y la muerte?...

Pero yo no he venido, hermanas mías, á contristar vuestras almas con amargas reflexiones, sino á *regocijar vuestro espíritu en Dios que es nuestra salud* (2), diciéndoos con San Pablo: Hermanas mías, *vivid siempre alegres en el Señor* (3). Para ello intento mostraros el «origen» de tan funesta pasión, los «daños» que ocasiona al cuerpo y al alma y los «medios» que debéis emplear para libraros de este lazo satánico, y

(1) P. Faber, Progreso del alma.
(2) Luc., I, 47.

(3) Philipp., IV, 4; I. Thessal., V, 16.

para huir siempre del camino ancho y espacioso que el enemigo abre á las almas tristes y que conduce irremisiblemente á la perdición y á la ruina (1).

Su origen. La tristeza es una pasión del ánimo que se despierta ante la previsión ó la experiencia de un mal presente que nos oprime y atribula (2). Engendran esta pasión los trabajos ó contrariedades que nacen de la pobreza, de la enfermedad, de la pérdida de la honra, de la hacienda ó de cualquier otro bien temporal que merezca nuestra estima. Mas como á todo esto ha renunciado la religiosa en su sagrada profesión poniéndolo en manos de Dios, como aconseja el real Profeta (3), la única tribulación que puede entristecerla y angustiarse es la relativa al espíritu, á las dificultades de la virtud; y la causa radical, aunque oculta, de las tribulaciones de esta índole, dice un sabio escritor ascético, proviene siempre ó de falta de humildad y mortificación, ó del hábito de no referir á Dios todas las obras (4); y todo esto roba á nuestro espíritu la paz y tranquilidad, tan necesaria y tan esencial á la vida religiosa.

En efecto: la tranquilidad de espíritu, *la paz del corazón, que constituye*, en frase del Apóstol, *nuestra mayor gloria* en este mundo (5), es esencialmente necesaria á nuestro aprovechamiento espiritual; necesitamosla para bien practicar la oración y mortificación, para recibir fructuosamente los santos Sacramentos, para amar á nuestros prójimos con puro afecto de caridad, para practicar con puntualidad y fervor todos los ejercicios y empeños de la vida religiosa y para

(1) Matth., VII, 13; Luc., XIII, 24.
(2) Scaramelli, tom. 3.
(3) Psal. LIV, 23; Matth., VI, 25;
I. Petr., V, 7.

(4) P. Faber, lib. cit.
(5) II. Corinth., I, 12.

perseverar en la divina vocación hasta la muerte; y así, por nada ni por nadie debemos consentir que padezca menoscabo este tesoro inestimable, á tanta costa adquirido. En ello debemos poner todo empeño, porque si franqueamos la entrada en nuestro espíritu á la duda infundada, al temor excesivo, á la melancolía ó desaliento, forzosamente buscaremos con afán la paz que habremos perdido, fuera de nosotros, en las criaturas, en los pasatiempos y frivolidades del siglo, en cualquier cosa que pueda entretener y consolar nuestro pobre corazón, hambriento siempre de felicidad y de ventura; pues, como dice el Doctor Angélico, «nadie puede sopor»tar mucho tiempo la tristeza, si no la acompaña alguna «delectación ó consuelo que la alivie. De suerte, que si no «halla descanso en los goces del espíritu, se entregará sin «freno á los de la materia» (1); en el cual caso nos incapacitaríamos para todo bien é insensiblemente nos pondríamos en peligro de naufragar en la virtud, como escribe San Gregorio (2).

1. Algunas religiosas afirman que esta tristeza y melancolía que las domina reconocen por causa el desengaño que experimentan al verse enlazadas siempre en las mismas faltas é infidelidades, á pesar de sus propósitos y resoluciones, y por ello arrojan las armas y se rinden á discreción, como desesperadas de alcanzar la santidad y perfección á que aspiran. Pero viven engañadas, miserablemente alucinadas, porque mucho mayores son los daños espirituales que se siguen de esa tristeza y melancolía, que los que proceden de la misma culpa; y entiendan y no olviden que no es esta la causa que produce tal desorden, sino que proviene de un secreto impulso de orgullo y de una confianza excesiva de sí mismas; pues al verdadero humilde no se le hace extraño

(1) 2. 2, q. 35, art. 4, ad 2.

(2) Moral., lib. 18, cap. 8.

el cometer faltas, porque sabe que es harto flaco é impotente para lograr cosa alguna sin el auxilio divino (1), y por ello, humillado hasta el polvo, pone sus ojos en Dios, á semejanza del real Profeta (2), y después de llorar su culpa, vuelve á levantarse con presteza, estribando en *la divina gracia que todo lo puede* (3), y avisado para lo sucesivo. Si por las faltas que diariamente cometemos hubiésemos de andar decaídos, tristes y desanimados, ¿quién tendría paz y descanso, pues todos pecamos, según dice el Santo Rey David? (4). De San Francisco de Asís leemos que reprendió á uno de sus frailes que veía andar triste, diciéndole: «Hermano mío, no «debe el que á Dios sirve andar triste, si no es por haber «cometido algún pecado; y si tú lo has hecho, confiéstate, y «torna á tu alegría (5). Deben éstos procurar, dice el Beato «Juan de Avila, servir á Dios con diligencia; mas si se vieren «caídos, lloren, pero no desconfíen; y conociendo ser más «flacos de lo que pensaban, humíllense más y pidan más «gracia, y vivan con mayor cautela» (6).

2. También suele causar tristeza en las religiosas el no estar indiferentes para todo aquello en que pueda ocuparlas la obediencia. Así lo dice San Gregorio: «Porque desean «tener lo que no tienen, ó temen perder lo que tienen, por «eso, dice el santo, andan tristes y preocupadas». Pero la religiosa que está indiferente para cualquier cosa que la ordenare la superiora, y tiene cifrado todo su contento en hacer la voluntad de Dios, siempre anda gozosa y alegre, y *nadie la podrá quitar su alegría* (7), porque no la ha puesto en estar aquí ó allí, ni en desempeñar este ó el otro oficio,

(1) Joann., XV, 5; II. Corinth., III, 5.

(2) Psal. CXX, 1.

(3) Philipp., IV, 13; I. Corinth., XV, 10.

(4) Psal. CXXIX, 3; Prov., XXIV, 16; Jacob., III, 2.

(5) En su vida.

(6) Audi, filia, cap. 23.

(7) Joann., XVI, 22.

sino en cumplir el divino beneplácito (1). Muchas veces, dice el P. Rodríguez (2), lo que suele ser causa y raíz de nuestras melancolías y tristezas es la maldita soberbia que reina en nuestro corazón, y mientras ella reinare, nunca faltarán tristezas y melancolías, porque nunca faltarán ocasiones que las despierten, y así siempre viviremos atormentados y quejumbrosos. Buen remedio nos da Jesucristo para curar este linaje de tristeza: *Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas* (3). Comentando San Agustín estas palabras, dice, que si imitamos á Cristo en esta virtud, no sentiremos trabajo ni dificultad en el ejercicio de las virtudes, sino mucha paz y sosiego (4). Repito que esta tristeza y abatimiento de espíritu no es humildad, pues que os hace más quejumbrosas que sufridas; no es tampoco sincero pesar de haber ofendido á Dios, sino vanidoso despecho de hallaros tan defectuosas é inmortificadas; es, por decirlo en una palabra, puro amor propio, y el amor propio conduce paulatinamente al término desastroso de Caín (5), cuya impenitencia nació cabalmente de una tristeza exagerada por su falta de humildad, falta engendrada á su vez por haber mirado en sus obras, no á Dios, sino á sí mismo, en sentir de San Bernardo (6).

3. Por último, la causa principal y la más común de las tristezas y melancolías de las religiosas suele ser el no andar á derechas con Dios, el no hacer lo que deben conforme á su estado y profesión; pues, como escribe San Bernardo, no hay pena ni tormento que puedan compararse con la mala conciencia, porque es un fiscal incorruptible que á toda hora nos está acusando y atormentando y echándonos en cara

(1) Hebræ., XIII, 21.
 (2) Tract., 6 cap. 4.
 (3) Psal. LXXXV, 5; Joel, II, 13; Matth., XI, 29.

(4) In psal. 93.
 (5) Génes., IV, 11; P. Faber. Progreso del alma.
 (6) Serm. 65, in Cant.

nuestra infidelidad y desgracia. En cambio, no hay mayor contento y alegría en esta vida que *el testimonio de la buena conciencia*, dice el sabio (1). No hay alegría mundana que se la pueda comparar (2); es un paraíso y una bienaventuranza en la tierra (3). Pues bien; todo esto corrobora lo que estamos diciendo. No, yo no puedo creer ni concebir siquiera—atendida la índole de la perfección—que la tristeza logre nunca entronizar la inquietud y el desorden en el corazón de una religiosa observante y verdaderamente humilde. Por el contrario, estoy firmemente persuadido—y así lo muestra la experiencia—de que esta funestísima pasión á quien suele atacar, á quien ataca con éxito lamentable, por punto general, es á las religiosas inmortificadas, á las amadoras de sí mismas, á las amigas de cumplir su voluntad, á las tibias é inobservantes, á las que en todas las cosas buscan su comodidad y descanso; y como el espíritu y el corazón, engolfados en estas tinieblas, andan á tientas por este camino sembrado de estorbos, sólo falta el remate que á esta obra diabólica ponen la disipación, la sensualidad y las máximas del mundo (4).

Daños que ocasiona. Pero yo quiero insistir en este punto esencial, poniendo á vuestra consideración los daños que acarrea la tristeza de espíritu al cuerpo y al alma de quien se deja dominar de esta temible pasión, y dando mayor autoridad á las razones y ejemplos que lo prueban hasta la evidencia. Cuanto á los daños que produce en el cuerpo, sabido es que la tristeza estrecha, aprieta y encoge el corazón; no sólo le quita el deseo y la voluntad de obrar, sino también las fuerzas, y logra hacer pesado y dificultoso lo que de suyo es fácil y agradable. Así lo confesó el sacerdote Aarón: pro-

(1) Eccli., XXX, 16.
 (2) Prov., XV, 15.

(3) II. Corinth., I, 12.
 (4) P. Faber, Progreso del alma.